

## EDUARDO CARRANZA: IDEARIO POLÍTICO DE UN POETA COLOMBIANO.

Francisco Javier Rodríguez Barranco (Universidad Nacional de Educación a Distancia).

Eduardo Carranza es uno de los principales nombres, probablemente el más importante, del grupo poético colombiano conocido como *Piedra y cielo*. En el acartonado panorama de la poesía colombiana del primer tercio de siglo actual, esta generación poética vino a constituir una verdadera renovación y el soplo de aire fresco que necesitaba para sobrevivir. *Piedra y cielo* configura, pues, la posvanguardia poética en un país donde las vanguardias apenas se dejaron sentir, sin embargo no es mi intención en este artículo realizar un ejercicio de crítica literaria ni en cuanto al significado de *Piedra y cielo*, ni en lo que se refiere a la esencia de la poesía carranziana. Lo que ahora pretendo es perseguir las principales líneas del pensamiento político de Carranza, aunque quizá no esté de más una breve noticia de los datos más notables de su biografía.

Eduardo Januario Carranza Fernández nace en Apiay, diminuta población de los Llanos Orientales de Colombia, el 23 de julio de 1913 y publicó su primer libro, *Canciones para iniciar una fiesta*, en 1936. En 1939, inicia junto con otros jóvenes poetas la aventura estética de *Piedra y cielo*<sup>1</sup>. El primer acto importante de su vida pública tiene lugar entre 1945 y 1947 en que ocupa la Agregaduría Cultural de su país en Chile. Son unos años de intensa actividad intelectual y poética durante los que recibe frecuentes visitas de poetas españoles en el exilio, como León Felipe, así como hispanoamericanos: Miguel Ángel Asturias, Vicente Huidobro, Nicolás Guillén y, sobre todo, Pablo Neruda. En 1948 es nombrado Director de la Biblioteca Nacional de Colombia, y en calidad de tal, visita Buenos Aires en el mes de junio de este año para aceptar la invitación que le había formulado la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, entonces regida por Hugo Wast. Durante este viaje conoce a Rafael Alberti, con quien dialoga abundantemente, y para quien la visita del poeta colombiano fue un hondo motivo de satisfacción literaria y personal<sup>2</sup>; en esta ocasión, asimismo, solicita ante el general Perón asilo político para Neruda, aunque finalmente el chileno se exiliaría en Francia. Por fin, en 1951, es nombrado Agregado Cultural de la Embajada de Colombia en España. Es éste el primero de una serie de reiterados viajes a la Península que abarca hasta 1958 y le permite relacionarse con lo más selecto de la intelectualidad española no exiliada: «Azorín», Ramón Menéndez Pidal, Pedro Laín Entralgo, Gregorio Marañón, Eugenio D'Ors; también poetas de prestigio como Dionisio Ridruejo o José García Nieto. Durante su recorrido peninsular, establece poderosos lazos de amistad con figuras importantes de la poesía española, como Leopoldo Panero, Gerardo Diego, Dámaso Alonso y Rafael Montesinos, quien guarda de él un recuerdo entrañable tras su paso por el Aula de Poesía Hispanoamericana. Durante los años 1952 a 1954 organiza junto con Panero sendos congresos de poesía en las ciudades de Segovia, Salamanca y Santiago de Compostela, respectivamente. Preside estos congresos en compañía de Eugenio D'Ors, Giuseppe Ungaretti, Carles Riba, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre y Gerardo Diego. Son dignos de destacarse, asimismo, los cursos que imparte en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid o en la Universidad de Salamanca. Fruto, sin duda, de la admiración y el respeto que su persona mereció entre los españoles, es el homenaje que se le tributa el 17 de junio de 1953 en el Hotel Nacional de Madrid. La convocatoria para dicho acto viene firmada en el diario ABC, el 13 de junio por las siguientes personalidades:

Joaquín Ruiz-Giménez, Raimundo Fernández Cuesta, Ramón Menéndez Pidal, «Azorín», Eugenio D'Ors, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Joaquín Pérez Villanueva, Alfredo Sánchez Bella, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Carles Riba, Eugenio Montes, Wenceslao Fernández Flórez, Pilar Primo de Rivera, Ramón Serrano Suñer, José M<sup>a</sup> de Areilza, José Antonio Eliola, Francisco Sintés Obrador, Juan Aparicio, Carlos Rodríguez Valcarcel, Manuel Fraga Iribarne, Jorge Jordana Fuentes, Antonio Largo Caballero, Leopoldo Panero, Dionisio Ridruejo, Camilo José Cela, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Guillermo Díaz Plaja, Daniel Vázquez Díaz, Salvador Dalí, José Ramón Aznar, Ernesto Giménez Caballero, Ángel Valbuena Prat, Adriano del Valle, Pedro Salvador de

<sup>1</sup> Estos otros renovadores de la poesía colombiana son: Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez, Gerardo Valencia, Carlos Martín, Tomás Vargas Osorio y Darío Samper.

<sup>2</sup> Posteriormente, 1960, Carranza presentará al poeta gaditano en Bogotá, quien realizará una lectura de poemas en el Teatro Colón.

Vicente, Carlos Bousoño, Joaquín Romero Murube, José García Nieto, Manuel Sánchez Camargo, José Luis Aranguren, Juan Ramón Masoliver, José Romero Escasi, Enrique Llovet, Rafael Santos Torroella, Fernando Gutiérrez, José Hierro, Rafael Morales, José M<sup>a</sup> Alonso Gamo, Miguel Arteche, José Manuel Caballero Bonald, Ana M<sup>a</sup> Matute, Ernesto Mejía, Luis Romero, Ángel Valbuena Briones, Eduardo Alonso, José Romeu de Armas, Ramón Eugenio de Goicoechea, Manuel San Miguel, Fernando Quiñones, Marcelo Arroita Jáuregui, José Luis Cano, Antonio Fernández Spencer, Cirilo Popovici y Rafael Montesinos.

A la vista de esta relación merece la pena ser destacado el que junto a nombres absolutamente consagrados, de los que no es preciso mayor comentario, figure la presencia de algunos jovencísimos poetas, que se integrarán en lo que ha venido a denominarse *Segunda Promoción de Posguerra* -o *Generación del 50-*, y que todavía no habían dado sus mejores frutos. Me estoy refiriendo a José Manuel Caballero Bonald o Fernando Quiñones, ambos del área gaditana<sup>3</sup>. La andadura peninsular de Carranza recuerda en ocasiones la de Rubén Darío, y una prueba importante de lo que España significó para Carranza -y lo que Carranza significó para España- es la publicación durante su primera permanencia en nuestro país (Málaga, 1957) de *El olvidado y Alhambra*, que supone un cambio de tono hacia una actitud mucho más melancólica y el inicio de la segunda etapa de su producción poética. Tras abandonar la Agregaduría Cultural, Carranza visita España con regularidad y así, en 1967, publica en Madrid *La poesía del heroísmo y la esperanza*, que contiene piezas fundamentales para saber de su ideario político. Los últimos actos públicos de Carranza en España tienen lugar en 1983 cuando es convidado por el Presidente del Gobierno Vasco -Carlos Garaicoechea a la sazón- para pronunciar una conferencia en Bilbao sobre Bolívar; asiste en Oviedo a la entrega del premio «Príncipe de Asturias» a Belisario Betancur; y presenta en Madrid, ante la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, el libro *Hablar soñando*.

El poeta llanero fallece en Bogotá el 13 de febrero de 1985. Pocos meses antes (1984) conoció el honor de que se le concediera la Orden del Congreso de la República en el grado de Gran Cruz con Placa de Oro, que venía a unirse a las distinciones que ya poseyera de su etapa como agregado cultural en España: Medalla de Honor del Instituto de Cultura Hispánica y la Gran Cruz de Isabel la Católica (1952), condecoración «Alfonso el Sabio» (1954). En Colombia (1977) se le había otorgado la Orden Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro. El decreto número 430 de 1985 de la República, presidida por Belisario Betancur, «honra la memoria del Maestro Eduardo Carranza y destaca su obra como ejemplo para las generaciones presentes y venideras». Por su parte, la Academia Colombiana de la Lengua, en fecha de 18 de febrero de 1985, dirigida por Eduardo Guzmán Esponda, «deplora la muerte del poeta Carranza y presenta su obra como ejemplo perdurable de la poesía colombiana», a la par que «deja constancia en esta ocasión que por dos veces, en muy diferentes épocas, candidatizó a Eduardo Carranza para el «PREMIO CERVANTES»». Por último, el Instituto Caro y Cuervo dirigido por Rafael Torres Quintero, el 14 de febrero de 1985, lamenta sinceramente «la desaparición del gran escritor, poeta y amigo», ofrece su vida «como ejemplo de lo que puede la fidelidad a la vocación humanística», y decide denominar «Cátedra Eduardo Carranza» la de Literatura Colombiana que se ejerce en el Seminario Andrés Bello.

Si nos centramos ahora en el objeto principal de este artículo, descubrimos que 1933 es el año de arranque para la actividad poética y política de Carranza. En esa fecha llega a Bogotá como profesor de bachillerato del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, se incorpora con entusiasmo a la vida literaria de la capital en las tertulias del antiguo *Café Victoria* y se inicia en la política al fundar un movimiento ideológico de restauración autoritaria de raíz católica, junto con Gilberto Alzate Avendaño, Gerardo Valencia, Carlos Ariel Gutiérrez y Rafael Lema Echeverri. Se trata de la «Acción Nacionalista Popular» (1933-1939). A esta actividad corresponde su participación en la campaña de reelección de Alfonso López Pumarejo (1942), con quien le unen lazos antiguos de amistad<sup>4</sup>. Posteriormente, en 1944, en medio de la gran

---

<sup>3</sup> No estaría de más, para ser enteramente justos, sugerir algunas notables ausencias de representantes importantes del tipo de poesía que por aquel entonces triunfaba en España: Gabriel Celaya, Blas de Otero o Rosa Chacel. Me parece no obstante, muy interesante el que sí figure José Hierro que ya había escrito algo tan anti-carranziano como «Oh España, qué vieja y seca te veo.» («Canto a España» de *Quinta del 42*, v.1).

<sup>4</sup> Su hija M<sup>a</sup> Mercedes, por ejemplo, en la sección «Cronología (fotografías)», al final de *Carranza por Carranza* (Bogotá, La Rosa, 1985), recoge una foto del poeta de 1937 en la finca «Las Monjas», propiedad del citado político.

agitación política que precedió al «Bogotazo», funda con Eduardo Caballero Calderón y Rafael Guizado la «Alianza Nacional Revolucionaria», de inspiración nacionalista.

Política y poesía se requieren mutuamente en la concepción carranciana. Veamos algunas manifestaciones:

Política y poesía. Poesía y política. [...] Más explícitamente: la poesía, cuando es auténtica, expresa la verdad interior de cada hombre que pertenece a este patético mediar del siglo XX y a una patria y un pueblo: *en este caso Colombia*.<sup>5</sup>

Poesía puesta en todo el hombre... Más aún, expresar la ilusión y las esperanzas colectivas de un pueblo y de una estirpe... Es preciso saltar por la ventana del cenáculo, y de una retórica cansada, para buscar de nuevo el contacto con la tierra, con el hombre, con la historia.<sup>6</sup>

[...] el impulso germinal y primaveral de aquellos años, si que también renovador, en orden a la poesía y a la política, fue suscitado por mis palabras y mis actos. Me refiero, obviamente, a la renovación poética de *Piedra y cielo* y a la ilusionada inquietud política de raíz bolivariana que entonces se calificó, un poco apresuradamente, de fascismo y falangismo.<sup>7</sup>

Pero hay otro aspecto de tu inspiración, que vivifica muchos de tus poemas y los vincula profundamente a la vida colombiana o a nuestra historia. Tú sientes intensamente el amor a la Patria, y la amas como poeta, que es una de las maneras más desgarradas de amar.<sup>8</sup>

La valoración global que puede hacerse de estas extensas citas es lo viciado del proyecto que pretendiera analizar la lírica carranciana desgajándola del impulso político que anima al hombre, porque, como dijo el padre Antonio G. de Lama -fundador de la revista *Españaña*, junto a Eugenio de Nora y Victoriano Crémer- «La calidad del hombre es la medida de la calidad de la poesía»<sup>9</sup>. Por otro lado, y referido sobre todo a la segunda de las citas reproducidas, no puede ser mayor el parecido de la actitud carranciana con la de Neruda. Éste vino a España para enseñar a los poetas del 27, y alguno inmediato posterior, cómo se pintan de verde los caballos y lo recomendable del abandono de los peritajes en lunas. Como aquél, Carranza también denosta la poesía pura y propugna una estética humanizada. Sin embargo, el de Apiay propende manifiestamente hacia una estética inspirada en José Antonio<sup>10</sup>.

Para concluir esta introducción, podemos comprender la importancia que lo político tiene en la vida y en la obra de Eduardo Carranza, que dedica, fundamentalmente, dos libros a este tema: *Canto en voz alta*

<sup>5</sup> Reportaje de Diana MONTOYA DE DUCHAMPS en *Colombia Ilustrada*, 1969. Esta cita es parte de la respuesta de Eduardo Carranza a la pregunta: «¿Crees que la poesía y la política se complementan o, por el contrario, se contraponen?».

<sup>6</sup> CARRANZA, Eduardo: «Valores y ausencia de la poesía colombiana actual» en *El Tiempo*, suplemento dominical del 6 de mayo de 1962.

<sup>7</sup> SERPA, Gloria.: *Gran reportaje a Eduardo Carranza*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1978, p. 387.

<sup>8</sup> Estas palabras forman parte del discurso de Rafael Maya con motivo de la concesión en la ciudad de Calarcá de la medalla «Jorge Zalamea» -creada por esa ciudad para galardonar méritos intelectuales- en 1974.

<sup>9</sup> GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor: «Españaña, revista de poesía y crítica» en *La poesía española de 1935 a 1975* (Tomo I: «De la Pleguerra a los años oscuros. 1935-1944»). Madrid, Cátedra, 1992 (2ª edición), p. 457.

<sup>10</sup> No sería riguroso, sin embargo, perder de vista que las propuestas sociales más progresistas, incluso rayando lo revolucionario, que realizó el fundador de la Falange Española, fueron cuidadosamente censuradas por el régimen franquista, como ha demostrado José Luis Rodríguez Jiménez en el artículo «Incidentes entre Falange y Ejército, 1936-1939», dentro de la revista *Historia 16* (núm. 130, pp. 19-22), donde documenta que el discurso pronunciado por José Antonio Primo de Rivera en el cine *Europa* de Madrid el 2 de febrero de 1936 fue visado por la censura antes de ser publicado en *Arriba España* el 16 de febrero de 1937, y detenidos por el ejército del general Franco, José Antonio Girón y Antonio Tovar por su difusión radiofónica el mismo día de ser pronunciado. Este historiador demuestra el matiz «obrerista» y «antiburgués» que había adoptado la propaganda falangista. Un extracto del citado discurso es el siguiente: «Hemos llegado al final de esta época liberal capitalista [...] la situación desesperante de ser proletario, es decir, hombres que ya vendieron su tierra y sus herramientas y su casa, que ya no tienen nada que vender, han de alquilar por unas horas las fuerzas de sus propios brazos [...]».

y *La poesía del heroísmo y la esperanza*. En las páginas siguientes, indagaremos sobre las principales líneas del ideario político de Carranza y disponemos para ello de tres vías importantes: las dos obras recién citadas; algunos discursos importantes como *La poesía del heroísmo y la esperanza*, *Breve elogio del castellano imperial*, *Canto a las ciudades hispánicas* o *Mi Simón Bolívar, el patriotismo Hispanoamericano*; y por último, las entrevistas que le realizaron, donde el poeta se brinda con absoluta franqueza. He organizado la exposición en una serie de aspectos que considero esenciales para conocer el pensamiento político de un hombre que dijo: «Allí estaban ya [cuando decide abandonar Ubaté para trasladarse a Bogotá] latentes dos dimensiones esenciales de mi vida: el ensueño poético y las esperanzas nacionales»<sup>11</sup>.

## El bolivarismo

La figura de Simón Bolívar es fundamental en la vida de Eduardo Carranza. Así lo mantiene ardorosamente en el discurso con que ingresa en la Academia Colombiana, «La poesía del heroísmo y la esperanza», leído el 6 de agosto de 1958 y que es el primero que se incluye en el libro homónimo editado en España en 1967. Pues bien, hacia la parte última del mencionado discurso, afirma Carranza: «Tal vez al cubrirme esta noche de un honor inmarcitable, habéis querido honrar en mí a uno que [vienen ahora muestras de subordinación al idealismo de Platón y la caballerosidad de Garcilaso...] sólo ha querido ser un soldado de Bolívar, su padre, su amigo, su maestro, su capitán, su jefe único y su único jefe».

Dos comentarios me suscitan estas palabras. El primero, lo llamativo de la presencia vehemente del caraqueño en un discurso que, en principio, y teniendo en cuenta el carácter del acto, debiera discurrir por cauces más bien filológicos. Esto es importante para comprender la permanencia tan acusada de la figura del Libertador en el espíritu de nuestro poeta<sup>12</sup>. El segundo, lo idealizado de la imagen carranziana del alumno de Simón Rodríguez. Esto es perseguible en otros muchos momentos del poeta llanero y baste como ejemplo, para no ser demasiado extenso, aquellas palabras que pronuncia cuando se inaugura en Madrid, 1971, la estatua ecuestre del autor de la *Carta de Jamaica*: «[...] Bolívar, príncipe de la libertad, príncipe del ronco mar Caribe, y del Llano tan ancho como un siglo y de la selva delirante, y del nocturno abismo y del risco vertiginoso donde se escucha la entrecortada respiración del abismo. Padre nuestro que estás en la tierra y en el aire y en tu paraíso a la sombra de las espadas [...]»<sup>13</sup>.

Asentada la preeminencia de la figura de Bolívar en el pensamiento político de Carranza, cumple ahora referirse a los aspectos del de Caracas que más cautivan al colombiano. Se tratan de: lo autoritario como modelo de gobierno y la unidad americana.

### Lo autoritario

Lo dice Carranza en «La poesía del heroísmo y la esperanza»: «El estilo político de Colombia debe ser bolivariano: del Bolívar, digámoslo sin miedo, del Bolívar de la madurez, el Bolívar de la Constitución Boliviana»<sup>14</sup>. El espíritu de esta Constitución es sobradamente conocido, pero podemos recordar que el héroe *mantuano* había participado en la declaración, el 5 de julio de 1811, de la Primera República de Venezuela, de vida efímera, estrepitoso fracaso y corte marcadamente federalista y liberal. Tras una serie de derrotas y éxitos, que culminan el 8 de diciembre de 1823 en Ayacucho, y ser proclamado dictador del Perú y Presidente de Colombia, se enfrenta al hecho consumado de que Sucre ha proclamado nación independiente al Alto Perú, bajo el nombre de Bolivia, territorio, en consecuencia que hay que organizar constitucionalmente. La organización de Bolivia es uno de los puntos más altos de la vida del Libertador. En el pensamiento

---

<sup>11</sup> Entrevista de Gloria SERPA recogida en la obra citada, p. 64.

<sup>12</sup> Una gran fracción de este discurso es una verdadera concatenación de consideraciones a-literarias, y ya veremos al tratar el subepígrafe **La hispanidad**, cómo la primera mitad de esta intervención se dedica a algo que sólo con un criterio muy amplio puede entenderse lingüístico o literario.

<sup>13</sup> CARRANZA, Eduardo: «Mi Simón Bolívar, el patriotismo hispanoamericano».

<sup>14</sup> CARRANZA, Eduardo: «La poesía del heroísmo y la esperanza» en *La poesía del heroísmo y la esperanza*. Madrid, Editora Nacional, 1967, p. 11.

político de Simón Bolívar, la Constitución de Bolivia marca una nueva etapa: mientras en anteriores documentos aparece inclinado por un papel dominante del Senado, en éste favorece la presidencia del Gobierno. Es decir, el ejecutivo sobre el legislativo. Ésta es, por consiguiente, la vía política autoritaria que más adecuada parece a Carranza. Ello hace que su admiración en el mundo hispano se dirija a José Antonio Primo de Rivera y al régimen franquista. Del primero ha dicho que «escribí el primer artículo sobre José Antonio publicado en Hispanoamérica. Yo tenía entonces veinte años y un lucero en la mano [...]. Comenzaba así: «Al otro lado del mar, José Antonio Primo de Rivera levanta el brazo como quien señala una estrella...»<sup>15</sup>. A Carranza persigue, esto es indudable, un afán de justicia social, que cree materializado en el régimen franquista: «Para un hispanoamericano que sabe bien de las gentes descalzas, andrajosas, de los miles de niños mendigando por las calles, de tanto colombiano perdido bajo el cielo y desasistido de la mano de los hombres, sorprende esta democracia española del traje... Esta igualdad con los zapatos... ¿Usted se fija...? Aquí no se ve gente descalza.». Es por ello que afirma: «Yo, lo confieso a voces, soy adicto a este régimen».

Pero él no busca esperpentos, ni dictadores tropicales, lo ha dicho también en otro lugar, donde no ahorra improperios a la oligarquía dominante, a pesar de su propia condición criolla: «Los enemigos de Hispanoamérica están infiltrados en la burguesía de las castas dirigentes»; «Esa casta que con su aterradora irresponsabilidad, su codicia aterradora, su feroz egoísmo, su frivolidad, su venalidad, su hipocresía, su carnicera y succionante voracidad... está rompiendo los vínculos de la solidaridad social, [...]»<sup>16</sup>. Lo que sucede es que él busca una política que defienda al hombre y su libertad y, como quiera que a sus ojos el pueblo es inmaduro, considera necesario algo así como un tutor que sepa dirigir al pueblo por el camino de la justicia. Es entonces cuando descubre la figura de José Antonio y la idealiza extraordinariamente, casi hasta la altura de Simón Bolívar: «[...] un grupo de cuatro o cinco muchachos, colombianos como yo, intentábamos allí algo semejante [a lo de José Antonio], tras las huellas del Bolívar autoritario: el que sabe que aquellos pueblos son menores de edad, [...], el que sabe que necesitan un tutor que les guíe por la senda histórica»<sup>17</sup>.

### La unidad americana

La construcción de una República pan-americana, como es de sobra conocido, es uno de los pilares esenciales del pensamiento bolivariano. Veamos cómo lo expresó en la *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*, que ha pasado a la posteridad como *Carta de Jamaica*:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un sólo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse.

Con este espíritu se lleva a cabo el Congreso de Cúcuta en 1821, donde nace la Gran Colombia agrupando a Nueva Granada, Venezuela y Quito. Éste es asimismo el pensamiento que recoge Carranza y lo reitera en su verso heroico tanto como en la prosa de sus discursos:

Nuestra América *toda* cante,  
de pie su sangre en nuestra voz:  
clara y vibrante, semejante  
a una lanza bajo el sol,

(Estrofa 9 del «Himno para cantar en los Juegos Bolivarianos»  
de *Canto en voz alta*)

[...]. Así nace el mundo hispanoamericano: enlace de vocablos, alianza de sangre, comunión de almas, de tierras y de mares.

[...].

<sup>15</sup> Entrevista realizada por Pedro Rodríguez para *Arriba* en 1967. Las inmediatas citas textuales que continúan son de esta conversación.

<sup>16</sup> Introito de un discurso *frente al Imperio*, recogido por SERPA, G., *Op. cit.*, pp. 330-336.

<sup>17</sup> Entrevista citada de Pedro Rodríguez.

Que nuestra generación asuma [...] la magna tarea de restaurar la unidad del mundo hispánico y hacer de Hispanoamérica la nueva patria de la juventud y el equilibrio, la estrella de la fe y la libertad, el último refugio del humanismo y la caballería.

(«El poeta canta a las ciudades hispánicas» en *La poesía del heroísmo y la esperanza*)

Constituidos nosotros en un radiante haz de patrias hispanoamericanas, tendremos de nuevo vigencia y presencia en el mundo.

(En el penúltimo párrafo de «Anhelos y profecía del mundo hispánico» en *La poesía del heroísmo...*)

Para él existe una comunidad espiritual, un «área del alma» que engloba a todo el mundo hispánico, incluidas Filipinas y, por supuesto, la antigua metrópoli. El hecho de incluir España dentro de esta comunidad espiritual es algo que, en principio, parece separar bastante a nuestro poeta del pensamiento bolivariano de la *Guerra a muerte a los españoles*. Si nos hemos fijado, para mayor abundamiento, en estas últimas citas que he reproducido, así como en las que destacaré seguidamente, lo frecuente es utilizar los vocablos «Hispanoamérica» e «hispanoamericano», en vez de los mucho más bolivarianos «América» y «americanos». Debemos tender, en opinión del poeta, hacia una «unidad de destino en lo universal» a la que continuamente apela en sus intervenciones:

Queda, pues, en claro que pertenecemos a una vasta confederación de almas llamada Mundo Hispánico.

(En «La poesía del heroísmo y la esperanza»)

Existe más allá de nuestras amadas, intangibles y soberanas, realidades nacionales, una realidad sobrenacional, una comunidad ideal, una potencia moral aquella [...] que queremos llamar nacionalismo hispánico planetario con misión universal o imperio espiritual hispanoamericano [...].

(En «El poeta canta a las ciudades hispánicas»)

Soñemos, es preciso repetirlo una y otra vez, con el Estado mundial hispánico de tipo espiritual que tiene el extremo de una de sus alas en el Pirineo, el extremo de la otra en las islas Filipinas. Su corazón sumergido late en la Atlántida [América].

(En el final de «Anhelos y profecía del mundo hispánico»)

Como podemos comprobar, la imagen es bella y emotiva, pero la cuestión va mucho más allá. No se quedan estas ideas en el plano del lenguaje altisonante habitual en los discursos. Se trata de algo muy importante, porque en la medida que esta unidad sea posible, se estarán fijando las bases para la supervivencia:

La unidad constituye para nosotros, pueblos hispanoamericanos que miran a los dos grandes océanos del mundo, cuestión de vida o muerte [...]

(En «La poesía del heroísmo y la esperanza»)

Estamos ante un dilema implacable: o unidos o sojuzgados

(En «El poeta canta a las ciudades hispánicas»)

No se trata, en consecuencia, de un planteamiento trivial, ni mucho menos un afán idílico. Es una verdadera necesidad.

## La hispanidad

Decimos España Madre y una ráfaga de sagrado orgullo, de patética música secular, canta a la altura de nuestros oídos. (¿Habéis caído en que jamás se dijo Madre Francia o Inglaterra Madre?)

(En «La poesía del heroísmo y la esperanza»)

Esta cita de apertura nos da la clave de las coordenadas ideológico-emotivas en que nos movemos durante este subapartado. Se trata de una serie de enardecidas reflexiones expresadas en ardorosas palabras, capaces de emocionar incluso a un español de hoy día:

Aquí ciudades y pueblos y villas hijas tuyas, España, España amada España.

(En «El poeta canta a las ciudades hispánicas»)

También en la épica del *Canto en voz alta*

Cruzando el océano que es la luna de España,  
llegaba al corazón del español<sup>16</sup>  
el aroma desnudo de su alhambra;  
o, mas sencillamente: *aquel aroma*  
*salía desnudo de su corazón*  
hacia el campo de rostro iluminado  
por los maizales de los indios.

(«El capitán siembra una espada», vv. 44-50)

El poeta siente admiración y agradecimiento hacia la labor española en América. Por ello, en la mayor parte de los discursos que estoy citando, el elogio hacia lo hispano (entendido ahora en el sentido más estricto de español) forma una pieza importante. Baste como ejemplo el que en «La poesía del heroísmo y la esperanza», que, como recordamos, es el que le sirve para ingresar en la Academia Colombiana de La Lengua -un acto que debiera discurrir por las veredas de lo lingüístico-literario- la primera mitad del mismo se dedica a alabar la gesta fundacional hispana, en general, y de Gonzalo Jiménez de Quesada, en particular. El duodécimo párrafo de este discurso es como sigue: «El Capitán Quesada nos está mirando a todos, por hijos suyos, por neogranadinos, por colombianos. La pequeña tropa dice: amén.» En otros puntos de la oratoria carranciana, la alabanza se desborda:

La grandeza de España radica en haber configurado un mundo histórico y social, dotándolo de su savia espiritualista y caballeresca, en haber elevado a lo más alto el valor del hombre en los Quijotes y Amadises de América.

(En «La poesía del heroísmo y la esperanza»)

Fue América pedestal de una y total humanidad. Asiento de la raza universal creada por España. sembrada por España en su darse y desangrarse sin medida y sin término. [...]. Todo por el amor de España fundadora.

(En «Anhelo y profecía del mundo hispánico»)

Por ello reclama la condición de españolidad para la Comunidad Hispano-americana y de ahí que el discurso «El poeta canta a las ciudades hispánicas» (leído el 18 de junio de 1955 en Madrid, con motivo de la solemne clausura del I Congreso Iberoamericano de Municipios) concluya de esta manera: «[...] sobre nuestra condición de criollos, de insobornables americanos, participamos también, hermosa y venturosamente, del honor y la dignidad de ser españoles. [...]; somos españoles por elección, por una libre decisión de nuestra voluntad. [...] somos partícipes del gran sueño hispánico unitario, que a él hemos fiado nuestro destino y que nada ni nadie podrá separarnos de España. Palabra de honor». Pero este concepto de españolidad no es una claudicante adscripción a la condición de la antigua metrópoli, algo así como si reclamara una especie de ciudadanía española equivalente a la romana que Caracalla concedió a los habitantes del Imperio en el 212, d. de C.: este concepto de hispanidad es algo complejo que ha ido forjándose en la mezcla de lo indígena autóctono y lo español fundador: «Pero nuestra manera de ser hispánicos [...], nuestra clara y recta manera de ser españoles, es siendo colombianos, o nicaragüenses, o chilenos, bien hincados en nuestro limo ancestral, surtiéndonos de nuestras raíces de piedra y alma en España; raíces de indio y de viento y de río en América.» («Breve elogio del castellano imperial» en *La poesía del heroísmo y la esperanza*). En el *Canto en voz alta* se versifica esta bella imagen al final del poema «El Capitán siembra una espada», donde se hace rimar «alma» con «castellana», pero también con «americana»:

Y toco en este instante mis orígenes:  
mi orgullosa raíz americana  
de indio y río,  
y mi raíz de piedra castellana:  
piedra que ha sido y sigue siendo alma...

<sup>16</sup> Se refiere a Gonzalo Jiménez de Quesada. Anteriormente, vv. 14-15, ha señalado que Quesada significa lo mismo que Quijote.

Dentro de este mismo libro hay otro momento en que se alude a la fusión de razas, cuando, en un paréntesis de la evocación de la primera Misa en Santafé de Bogotá, Jiménez de Quesada hace un ejercicio de visionario contemplando:

Y al español y al indio lentamente  
transfigurados en neo-granadinos

(«Dios en las alturas», vv. 47-48)

Pero la corriente funciona en los dos sentidos, porque España también se embebe del mundo americano («Así, en esta fabulosa hazaña fundacional, América se hace española, América se hace castellana y andaluza y extremeña y leonesa y aragonesa. Pero también España se hace americana, España se hace colombiana y chilena y ecuatoriana y norteamericana», en «El poeta canta a las ciudades hispanas»). Todo ello propicia el que se produzca una situación en la que «Somos criollos colombianos, hispanoamericanos y, más anchamente, hispánicos. España Madre» (en «Anhelos y profecía del mundo hispánico»).

### La aparente contradicción

En el juramento que Simón Bolívar emite en el Monte Aventino se compromete a no dar descanso a su brazo «hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del pueblo español». Luego vendrá el *Manifiesto de la guerra a muerte a los españoles* y aquellas palabras con que exhortaba al pueblo de Venezuela durante la Segunda República (1813): «Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables». Estas proclamas encajan difícilmente con lo expuesto hasta ahora acerca del pensamiento de Carranza. ¿Cómo soslaya el poeta esta aparente contradicción? La vía para solucionar este problema es doble. El primer recurso consiste en apelar a la tradición, que para Carranza no consiste en la observancia al pie de la letra de las palabras de nuestros antepasados, sino en actuar como lo hubieran hecho ellos en nuestra coyuntura. Así, en «La poesía del heroísmo y la esperanza», afirma: «Pero la tradición, [...], no puede limitarse a un ánimo de copiar lo que hicieron los grandes que nos antecedieron, sino en el ánimo de adivinar lo que harían ellos en nuestra circunstancia». Algo más explícitamente, en el introito de un discurso *frente al Imperio*, se repiten estas ideas: «[Bolívar dijo:] *Para nosotros la patria es América*. [...] *América significa hoy otra cosa. Nosotros sabemos lo que quiso hacer y decir Simón Bolívar*. [...] *para nosotros la Patria es Hispanoamérica*».

La segunda vía para solventar aquella dificultad radica en la interpretación que hace Carranza de la figura del Libertador. El poeta entiende un Bolívar muy español, y se apoya en opiniones tan autorizadas como la de Unamuno, vasco como el origen del caraqueño: «La gloria de Bolívar fue quijotesca y española. Sin Bolívar, la humanidad sería incompleta»<sup>19</sup>. Cita también Carranza al pensador venezolano Arturo Uslar Pietri: «[...] *Nuestra patria es la América*, dijo una vez. Pero era en realidad la América española, [...] y en el fondo de su más remota ambición lo que estaba era volverse sobre España una vez liberada América, para liberarla o para reconquistar el sepulcro de Don Quijote, [...] para rehacer la unidad hispánica [...]».

Carranza establece un paralelismo plutarquiano entre Trajano y Bolívar -algo de esto hay también en el pensamiento de Uslar Pietri-; es decir, que así como un personaje, Trajano, procedente de la provincia vino a restablecer la grandeza y el esplendor del Imperio Romano (recuérdese la conquista de la Dacia), envilecido y corrupto después de los mandatos de Calígula y Nerón, otro personaje de la provincia, Bolívar, intenta devolver al Español la dignidad que había perdido tras las venalidades del último Carlos y su regia esposa: «La historia del imperio español -cenit y hundimiento- puede inscribirse entre dos retratos memorables: el del César Carlos V [...] al día siguiente de la batalla de Mühlberg; y el de la reina María Luisa de Parma sobre una cortesana hacanea, cuando el imperio empezaba a tocar un fondo vergonzoso de corrupción y desintegración». Esta equiparación de los imperios español y romano es muy frecuente en Carranza que lo ha dicho tanto en verso («Reinaba nuestro César Carlos Quinto», en la última estrofa de «Dios en las alturas» de *Canto en voz alta*) como en prosa («España fundadora es, pues, nuestra Roma. Por acá suele llamarse con aire pedantesco «obra de españoles» lo que por allá se llama «obra de romanos»»).

<sup>19</sup> En «Mi Simón Bolívar, el patriotismo hispanoamericano», de donde proceden las citas inmediatas.

Por ello, las luchas por la emancipación americana se convierten en realidad en unas luchas fratricidas: «Se acepta que nuestras guerras independentistas y libertarias fueran guerras civiles entre españoles de España y españoles de América». Como conclusión de todos estos razonamientos, vemos la superación de ese aparente contrasentido entre el acendrado bolivarianismo de Carranza y su profundo amor a España: «Bolívar no se alzó contra España: se alzó contra un gobierno despótico e inepto, contra una dinastía decrepita y entreguista frente al César Corso».

### **El enemigo**

El enemigo de lo hispánico está dentro de sus fronteras. La casta burguesa de la oligarquía criolla no goza, desde luego, de sus simpatías -aunque es la clase de la que se nutre económicamente-, pero el *enemigo*, así subrayado, y por excelencia, es el vecino del norte: «*El enemigo es el Imperio Mundial y se llama los Estados Unidos de Norteamérica*». Vuelve a dar muestras de su vocación bolivariana en este tema: «No hemos escogido el *enemigo*. Nos lo asignó la historia, es decir, una fatalidad espacial y temporal. Es el *enemigo* que entrevió el Libertador [...]»<sup>20</sup>. La primera avanzadilla de la neocolonización arranca con la lengua: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?», se pregunta el colombiano con Rubén Darío<sup>21</sup>. Carranza es sinceramente americano, por ello es lógico este enardecido anti-norteamericanismo<sup>22</sup>. Sin embargo, no deja de ser digno de subrayar este hecho en un ciudadano de un país que en 1940<sup>23</sup> había sido considerado modelo de cooperación con EE.UU. y que en 1951 envía el *Batallón Colombia* para defender los intereses estadounidenses en Corea. Estamos, pues, ante una buena prueba del compromiso ético que se impone Carranza.

Ante la inmediatez del peligro no es de extrañar que esa unidad hispánica que veíamos más arriba, se ofrezca como una necesidad de supervivencia. Es por esta razón que Carranza asigna a sus contemporáneos «el hermoso y arriesgado destino de ser la generación libertadora», porque si conquistadores castellanos y libertadores americanos cumplieron su destino, es «el nuestro, ser la *generación reunificadora*»<sup>24</sup>. El poeta ve con muy negros nubarrones la realidad hispanoamericana porque «el enemigo ha desencadenado, finalmente, *la guerra subversiva del dinero*[...]. Se trata de la planificada y tecnicada explotación del hombre por el hambre». Sin embargo, no todo está perdido: «*estamos todavía viviendo de milagro. Pero nosotros creemos en el milagro*». De pronto «*un relámpago heroico atraviesa esta oscuridad al mediodía*. Este relámpago se llama por ejemplo, Ernesto *Che* Guevara, caído por nosotros en la manigua boliviana y que por todos nosotros se desangra para siempre en su guerrera eternidad». Carranza no es comunista en absoluto, pero la realidad del «dólar con su amor contra reembolso» se le impone, y por ello, no deja de ver en quien «era argentino y cubano» el «fantasma que seguirá rondando el sueño de los oprimidos en la ciudad despiadada, [...] El fantasma que en adelante habitará los pechos hasta ahora desiertos de la ilusión y la esperanza...».

### **La Patria**

La oratoria carranciana está plagada de momentos en los que el «vate de Aplay» se manifiesta en estilo encendido sobre el concepto sublime de la Patria. Gloria Serpa recoge, por ejemplo, un artículo publicado en *El Tiempo* en noviembre de 1963 bajo el título «La patria, señores...», en el que el poeta lleva

---

<sup>20</sup> Esta cita y la anterior pertenecen ya al introito de un discurso *frente al imperio*.

<sup>21</sup> En el «Breve elogio del castellano imperial». La respuesta a esa pregunta, como no podía ser de otra manera, es «¡No!».

<sup>22</sup> Recuérdese por esta vía la *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena* (1973) de Neruda.

<sup>23</sup> Ello sucede en el mandato presidencial que media entre los dos de López Pumarejo, en cuya campaña de reelección, 1942, recordemos, había participado Carranza.

<sup>24</sup> SERPA, G., *Op. cit.*, p. 331. Subrayado en Serpa. La misma idea de la reunificación hispanoamericana se recoge en varios de los discursos contenidos en *La poesía del heroísmo y la esperanza*. Así en «La poesía del heroísmo y la esperanza»; «El poeta canta a las ciudades hispanas»; o «Anhele y profecía del mundo hispánico».

a cabo una exaltada defensa de los minúsculos territorios insulares colombianos como partes indescindibles del Estado, dado que un grupo de comerciantes de Cali se había mostrado proclive en el diario *La República* del 21 de noviembre a no seguir soportando ese -para ellos- lastre económico. En mi exposición he preferido, sin embargo, abandonar los tonos elevados y analizar la cuestión bajo una óptica algo más sutil, que enriquece la idealizada concepción de que *La Patria es Hispanoamérica*. He tomado como base para la primera pincelada el poema «Se canta a los Llanos de la Patria en metáfora de muchacha», mientras que el segundo enfoque versará sobre el elemento lingüístico como factor de cohesión nacional, que puede perseguirse perfectamente en «Breve elogio del castellano imperial».

«Se canta a los Llanos de la Patria en metáfora de muchacha»

Este poema pertenece al libro *Canto en voz alta* (1944). Con todas las precauciones que deben tomarse en estos asuntos, puede admitirse que corresponde al género épico, que es el característico de la obra en que se incluye y que parece el más apropiado para tratar temas de esta índole. A pesar de ello, la visión de la patria que Carranza nos ofrece aquí se desliza por los cauces de unas imágenes de pureza lírica. Nada más esclarecedor que sopesar los dos primeros versos:

Te hablo como un enamorado  
habla sencillamente a una muchacha

Estos versos iniciales nos dan ya la clave de que el tratamiento que se va a dar al sentimiento de la patria no es el de la grandilocuencia de los discursos rimbombantes, sino que, muy al contrario, se nos va a sumergir en un mundo de ternura. El poema se desarrolla posteriormente sobre ochenta y nueve versos en los que se mantiene la intensa emoción. El poeta, para ello, va concitando cada uno de los elementos esenciales que son, a su parecer, los diversos matices de la patria -la cual casi admitiría, teniendo en cuenta el cariz de las imágenes, la corrección de género hacia «matria»- : la tierra, el cielo, las minas, la juventud, el amor, el tiempo, los fundadores de la nación, el mar, etc... La enumeración exhaustiva sería enojosa. Es más importante señalar cómo estas ideas adoptan una disposición paralelística de dos versos, el primero de los cuales empieza siempre con la forma verbal «ven», excepto cuando recuerda a los capitanes de la conquista, en cuyo caso son tres; y al llegar al verso 22, a partir del cual pueden sucederse dos «ven» consecutivos o alargarse la distancia hasta cinco versos. En ellos la vivencia que se transmite no puede estar sugerida con mayor sutileza. Así, cuando trata de la naturaleza, lo hace mediante las siguientes palabras:

ven claro viento, pluma, garza, mía,  
con tus trenzas de ríos a la espalda  
(vv. 11-12)

No es ocioso señalar a propósito de estos versos que, si tenemos en cuenta que para Carranza la realidad de Hispanoamérica (es decir, España y América) se forja sobre la fusión de la piedra y el alma de Castilla y la «orgullosa raíz de indio y río», según veíamos en el apartado dedicado a **la hispanidad** en este trabajo, esos «ríos» que aparecen en la posición central del verso 12 tengan un sentido más allá del literal. Esta impresión se refuerza al llegar a los versos 25-26, donde, ahora sí, el sustantivo «ríos», aparece a continuación de otro, «flechas», de indudable valor evocador: «ven con tus caracoles y tus flechas/ y tus ríos falderos: el Ariari,». En definitiva, lo autóctono indígena en la esencia misma de la patria, como no podía ser de otra manera. Podemos apreciar, entonces, la gran delicadeza expositiva.

En la ilación poética de elementos, más o menos, pertenecientes al mundo perceptible por los sentidos y que componen las distintas facetas de la patria, llega un punto de inflexión a partir del verso 37 («y con tu voz de sexo femenino.»). A partir de aquí, las imágenes pertenecen más al mundo interior de la persona. «Y si quieres invito a las muchachas» dice en el verso siguiente. Para la mejor asimilación de esta imagen, conviene tener en cuenta el hecho de que Carranza sea el poeta, al menos en su primera etapa, de las muchachas. Es el suyo un sentimentalismo de «puro amor nimbado de adolescencia y melancolía», dijo de él Jorge Gaitán Durán en 1962 en unas palabras que aparecen como prólogo al *Gran reportaje* de Serpa. Por otro lado, en el recorrido por la emoción personal merece la pena destacar algunos versos: «ven con tus negros toros, con tu alma/ cantando al son de tu melancolía» (vv. 50-51); «ven con tus lágrimas y tu risas,/ y tu cintura de verano, trémula» (vv. 58-59). Todo esto se lleva a cabo porque el poema cabalga hacia la primera persona, que será la referencia por excelencia de su última parte. La primera

aparición explícita del pronombre de primera persona de singular tiene lugar en el verso 52: «ven a que yo te pida en matrimonio». Pero será a partir del 63 cuando se derive indefectiblemente hacia él:

ven señorita, siéntate a mi lado,  
qué digo, siéntate en mis rodillas:  
yo te pongo jazmines en el pelo  
yo te beso en los labios de las frutas

(vv. 61-64)

Desde aquí, la relación patria-poeta se intensifica profundamente y atraviesa momentos de apasionada relación carnal:

yo te alabo, te alabo beso a beso  
lo mismo que a la mujer que amo

(vv. 70-71)

Finalmente, hay algunos pasajes de exaltación tropical («Luego bailo contigo este joropo», v. 81; «señorita vestida de cocuyos», v. 87) y se alcanza un clímax de fusión telúrica que recuerda al Aleixandre de *Pasión de la tierra* o *La destrucción o el amor*: «y muero y soy tuyo finalmente.» (v. 88).

Si concretamos un poco, podemos comprobar que la visión que nos ofrece Carranza no tiene nada que ver con la retórica altisonante, que, sin embargo, él sí ejerce en otra gran parte de sus discursos. Este poema nos sitúa en un mundo de imágenes entrañables que se desenvuelven mediante un lenguaje lírico, y que no comparten casi nada con la oratoria oficial. Lo que en ésta es apelación constante a valores inmutables sin los cuales parece que no puede funcionar la sociedad, Carranza lo transforma en «Se canta a los Llanos...» en un mensaje delicado, sutil, bello y, desde luego, tierno.

### El elemento lingüístico

En algún punto de la *Carta de Jamaica*, Simón Bolívar apela a la lengua como factor de cohesión nacional, como en la cita que reproduje anteriormente. Congruente con su profundo bolivarismo, Eduardo Carranza retoma esta idea y la desarrolla ampliamente en «Breve elogio del castellano imperial», discurso leído en nombre de la Academia Colombiana durante la solemne clausura del III Congreso de Academias de la Lengua Española, el 6 de agosto de 1960. Veamos algunos puntos resaltables de este documento, que luego Carranza incluirá en *La poesía del heroísmo y la esperanza*. Recuerda en él que, en el pórtico de la Academia, aparecen estas palabras: «Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua». Es lógico por ello que Carranza quiera «traer la razón poética de que en Colombia los ríos hablan español. Y el silencio calla en español».

La idea de la lengua como elemento de cohesión patria encaja perfectamente con otras facetas del pensamiento carranziano que he ido desplegando a lo largo de las últimas páginas. Así, en lo que se refiere a la hispanidad y el sentimiento de la Madre Patria, no puede el poeta manifestarse con mayor claridad: «Y recordemos que en español, en ceceante y tembloroso español, se escribió la fe de bautismo de América una mañana de oro de 1492». La defensa contra *el enemigo* también se lleva a cabo desde el punto de vista lingüístico, flagrante vía de invasión psicológica. El argumento de Carranza en este caso deriva hacia las palabras de Darío ya citadas: «¿Tántos millones de hombres hablaremos inglés?».

Carranza recuerda, asimismo, la interacción de lo español y lo americano: «Somos, pues, [...], a un tiempo americanos, orgullosamente, y orgullosamente hispanofiliales». Pero, desde mi punto de vista, lo más intenso de este discurso llega cuando el poeta vuelve ahora, mediante imágenes y evocaciones absolutamente líricas, a una de las ideas cruciales de su pensamiento: el área del alma de lo hispánico. Si hemos empezado estas consideraciones acerca del elemento lingüístico bajo la perspectiva de factor de esencialidad patria, y si la patria es Hispanoamérica, como creo que quedó suficientemente justificado, el silogismo implícito nos lleva a que la lengua es rasgo de idiosincrasia hispánica. La lógica de este razonamiento no evita, sin embargo, y he ahí la grandeza del discurso carranziano, que se desenvuelva en imágenes de exquisita belleza: la lengua es lo que une a los pueblos hispanoamericanos, y defenderla es afirmar y defender la nacionalidad hispanoamericana; pero cuando el poeta recuerda que a los hispánicos nos conocerán por la lengua antes que por cualquier otra esencialidad o circunstancia y habla de nacionalismo hispánico o confederación de almas hispanoamericanas, se detiene a evocar con breve trazo los pueblos que componen esa comunidad de espíritus. De esta enumeración de caracteres nacionales

quiero destacar tres que se configuran a modo de las alas y el corazón de ese ave que es Hispanoamérica: «El pálido marinero filipino, [...], el rojizo segador de Castilla, [...], el hombre [...] de la vid en Chile». En este contexto, el recurso a dos poetas, Cervantes y Unamuno, sirve de apuntalamiento lírico para apoyar la idea de la concatenación de pueblos. Del de Alcalá de Henares dice: «Somos el área del alma. Porque la lengua es también la patria del alma. Y si la lengua es la patria del alma, nuestra patria se llama también, Miguel de Cervantes». Con respecto al que fuera rector de Salamanca, lo cita porque si «la asamblea aquí reunida [el III Congreso de Academias de la Lengua Española] pudiera llamarse, sin mayor esfuerzo de traslación poética, Asamblea de Naciones Unidas del Alma. Repitamos, porque llega muy bien la inmarchitable estrofa de don Miguel de Unamuno:

*La sangre de mi espíritu es mi lengua  
y mi patria es allí donde resuena  
soberano su verbo.»*

Por último, y ahora ya bajo otro matiz, la lengua española alcanza su punto de suprema majestad porque en su imperio no se pone el sol, porque es la que se habla en «la normativa llanura de Castilla por donde el Cid cabalgó y en los inmensos llanos del Orinoco que atravesó Bolívar seguido por la ráfaga de sus jinetes llaneros».

## CONCLUSIONES

La producción carranziana menos lírica evidencia una línea arraigada en la sociedad y cuyo punto de arranque es el mismo de Neruda u otros poetas sociales: no le gusta el mundo que ve y pretende ayudar a transformarlo mediante la poesía. El mundo no está bien hecho, y con esto se distancia ostensiblemente de la poesía oficial española de la primera posguerra. Las divergencias con respecto a la poesía comprometida surgen en el modo de llevar a cabo esa transformación, pues mientras los poetas sociales mantienen una línea de intelectuales de la izquierda confiando plenamente en las posibilidades del pueblo para organizarse por sí mismo, Carranza asigna esta labor a un tutor de corte bolívarista que conduzca a un pueblo menor de edad.

Por último, hay algo en la actitud política de Carranza que resulta muy hiriente. No es ya, como se ha mantenido tantas veces, su marcado carácter derechista y conservador. Tampoco es la intransigencia porque no fue una persona intransigente y lo podemos comprobar con varios hechos poético-ideológicos: durante su estancia en Buenos Aires, mantiene frecuentes encuentros con escritores peronistas y antiperonistas; a Rafael Alberti favoreció tanto como pudo; y con Pablo Neruda la situación es aún más llamativa pues los lazos de amistad que desarrollaron llegan hasta el punto de que el poeta chileno apadrinó junto a su esposa, *la hormiguita*, al tercero de los hijos de Carranza, y, en 1973, con Neruda recién muerto, fue el colombiano quien le dedicó el primer -y muy emocionante, por cierto- homenaje en Latinoamérica. Es su arrogancia. Es decir, cualquier inclinación política puede tener cabida en el arco parlamentario siempre que respete las reglas del juego democrático. La derecha puede ser tan legítima como la izquierda siempre que adecue su discurso al respeto de la voluntad popular. No pretendo pontificar en exceso sobre estos temas -tan aburridos, por otro lado-, pero sí quiero comentar cómo lo verdaderamente incómodo de Eduardo Carranza es su decidida adscripción a regímenes de carácter autoritario, y no sólo de carácter conservador, como se ha simplificado muchas veces: Fidel Castro también merece sus elogios, en los que, de acuerdo con su particular concepción de la poesía, aúna lo ético y lo estético: «Conozco poco la situación actual. Pero yo creo que una revolución como la de Castro no se puede hacer sin poesía. Ninguna revolución se ha hecho sin canciones»<sup>25</sup>. Es, por lo tanto, el tono impositivo y grandilocuente del que se vale con mayor frecuencia lo que molesta de la actitud política de Carranza, pero, si bien lo consideramos, esta posición autoritaria concuerda bastante con su acendrado bolívarismo, pues en la figura del Libertador, este calificativo, el de Restaurador de las Libertades, ha de quedar muchas veces en entredicho, como

---

<sup>25</sup> Entrevista de Pedro Rodríguez para el diario *Arriba* en 1967. Estas palabras de Carranza son parte de la respuesta a la pregunta «Castro... ¿Ha perdido Cuba la poesía?»; y, si se ha de ser enteramente honestos, hay que consignar que la intervención del poeta colombiano continúa y concluye como sigue: «Parte de la revolución francesa era *La Marsellesa* y parte de la española fue el *Cara al sol*, el himno más hermoso de amor y guerra que yo conozco».

acredita la Constitución Boliviana. Agudas invectivas ha merecido también su arraigado hispanismo, pero a mí me parece que esta crítica adversa es una opinión prejuzgante porque desde Rubén Darío hasta Mario Vargas Llosa, pasando por Vallejo, Neruda, Borges u Octavio Paz, creo que no ha habido ninguno de los grandes poetas y narradores hispanoamericanos que no haya experimentado un sentimiento similar de comunidad hispánica. Lo que sí puede aducirse, claro, en el caso de Carranza es que sea el franquista imperial el modelo de hispanidad que él haya elegido.